

¿Se entera usted, compadre?

¡Prohibido fumar!

Todo el mundo sabe que existe la prohibición de fumar en los Salones de Espectáculos. Esta disposición fué implantada en la ciudad en el año treinta y nueve, con el laudable propósito por todos ya conocido. Esta medida que en tan alto grado afecta a la salud pública y que, además, constituye un signo evidente de cultura y ciudadanía, véase de vez en cuando burlada por la terquedad de una minoría ridícula y reacia a la obediencia de una orden, a la que el ciudadano que, como a tal se precie, ha de rendirle toda su admiración y aplauso.

Pues no. Resulta que al cabo de diez y siete años de mantener la orden en vigencia — tiempo más que suficiente para que pudieran aprenderla, incluso, las más débiles mentalidades— todavía hay quien sigue sin, al parecer, enterarse, no sólo de que la orden rige, sino — y esto es lo más importante — que existe y se demuestra la voluntad de que la misma se cumpla, aunque para ello tenga que llegarse a la última consecuencia.

No reparan los tales que así conculcan la orden, que aparte del evidente desacato a la autoridad, existe, y no menos grave y flagrante, la burla y desconsideración hacia el resto — mayoría aplastante— de sus demás conciudadanos.

¿O es que creen que a nosotros no nos gusta también fumar, y que — admiren nuestra franqueza — no vale nuestro buen sacrificio cumplir con lo ordenado? ¿Quien creen que son ellos, y quienes nosotros? ¿Qué más tienen de guapo — y perdonen la modestia — que nosotros no lo tengamos?

Suerte que, para el buen nombre de la ciudad, cabe reconocer que esa, digamos porción, de recalitrantes, no llegan ni a formar el número decente de que dispone cualquier minoría. Por eso es fácil acabar con ellos y, mayormente en aquellos casos en que la ciudad, por desconocidos, puede obligarles a tomar, si precisa, el camino de Villadiago.

ANCORA

San Feliu de Guixols 19 de Enero de 1956 Núm. 417 Año IX



Una carta sin posible respuesta

por L. d'Andraitx

Dos únicos mensajes escritos, que yo sepa, a lo largo de los años han bajado del cielo: las tablas de la Ley y el aviso en el festín del rey Baltasar. Dos mensajes categóricos, lejos del alcance de la discusión, de la polémica, que el cielo es enemigo de largas palabras, en las que se recrean los hombres. Pueden los análisis en torno a una idea, a una definición, poseer una simple y elemental pureza dentro del laberinto de una lógica personal que nos pueda parecer retorcida, pero más frecuentemente anida en ellos un cierto afán de exhibicionismo, neta pedantería, o el absurdo intento de empañar un liso espejo con la proyección de sombras, para simular grietas.

Romano cruzó el umbral del más allá, limpia el alma, como limpias fueron siempre sus palabras; convencidas. Saldó sus deudas, si las tenía, en el fervor de su última confesión. Pero una carta dejó para contestar a J. M.^a C. Una carta imprudente, aparecida en la sección «Cartas al Director en el n.º 960 del semanario «Destino». Iba en ella una acusación contra el preclaro escritor fallecido, nada menos que de ignorancia respecto al contexto de unas encíclicas y de haberse hecho eco del «no tenemos programa social» de un afiliado de Acción Católica. Conclusión a la que llegó el señor J. M.^a C. el cielo sabe por qué caminos... ¡Ya que precisamente Romano escribió, asombrado: «¡Por Dios, no digáis que no tenéis programa!»

Imprudente me pareció el reto de J. M. C., e inútilmente osado contra el cultísimo escritor católico en el campo de sus estudios predilectos, y triste, la comprobación de que el atacante no sabía tan siquiera leer o que había olvidado ya un ejercicio quizá practicado antes. Y me pareció más triste, porque en este olvido, en este pecado, más pronto o más tarde caeremos todos. No llegaremos, desde luego, al olvido del alfabeto, pero sí perderemos nuestra facultad interpretativa, porque ello supone un esfuerzo, y todo esfuerzo requiere tiempo, y andamos todos agobiados por las prisas. Además, el cine y sobre todo la radio nos facilitan, a la par que un ahorro de tiempo, las ventajas (¿) de darnos las opiniones ya digeridas. Con sus diversos programas, «Crítica de arte» «La novela del lunes» «El evangelio del domingo», «Panorama deportivo»...

etc., nos sirven las opiniones a granel. ¿Para qué leer?. Basta con que leamos cada día los grandes titulares del periódico. Y mientras se come o se toma uno el café, ya se encargan los locutores de darnos su comentario sobre cada noticia, sobre cada libro, sobre cada autor, sobre cada grande o pequeño suceso.

¡Qué fácil y tentador que otro lea por nosotros, que otro piense por nosotros... Y las ideas se van uniformando, pierden sus contornos diversos y específicos, y nuestras particulares opiniones acabarán llevando el nombre de un locutor cualquiera; simplemente porque su voz nos suene más amable que la del locutor de la emisora vecina. Y sobre el mismo camino de esa pérdida específica de valores, mermará nuestra facultad de comprensión, de asimilación o de crítica de toda idea escrita. Y el libro acabará siendo una simple nota decorativa en nuestros despachos y bibliotecas. Y el color de las tapas será lo más importante del libro. Se elegirá el rojo o el azul, el negro o el siena, según sea el tapizado de nuestra sillería. Sí, vamos camino de no saber leer, y prueba de ello es la carta del señor J. M.^a C. que dirigió a Romano. Ya no tendrá respuesta. ¡Quizá tampoco la hubiese tenido. ¡Quién sabe! ¡Pero, ahora, nadie ose coger la pluma ni ensayar la réplica que él hubiese escrito, que la ciencia de sus temas y su estilo probo y preciso no se improvisan!

¡Descanse en paz Manuel Brunet!

«ANCORA» llora también la irreparable pérdida que nos deparó su muerte.

Nueva adhesión al homenaje a Fernando Agulló

EL CLUB GUIXOLENSE DE AJEDREZ

se complace en testimoniar su adhesión al proyectado homenaje a

Don Fernando Agulló Vidal

que la ciudad se propone llevar a cabo

JOSE AIGANS

Presidente